

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS



MAE MURRAY

CUADERNO N° 60

35 CTS.

EL PRÓXIMO CUADERNO

HELEN HOLMES

LA ARTISTA MIMADA DE LAS SERIES - SU
POPULARIDAD - DATOS INSERESANTES DE SU
CARRERA ARTÍSTICA

EN PREPARACIÓN

Larry Semon (Tomasín)
Mia May - E. Lincoln - Bebé Daniels



No dejéis de comprar el

ALMANAQUE DE

TRAS LA PANTALLA

PARA 1922

con innumerables grabados y abundante texto

De venta en Barcelona:
Bruch, 3 y Barbará, 15.-
En Madrid: Pretii de los
Consejos, 3, y en todos
los kioscos de España,
Portugal y Baleares

Precio: 65 cénts.

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

MAE MURRAY

POR

R. SANTANA Y BENÍTEZ DE LEON

MAE MURRAY, LA ACTRIZ EXTRAÑA Y PARADOCIAL



N esta áurea vida de los artistas de la pantalla, Mae Murray, la actriz de los gestos extraños y de los vestidos fantásticos y de las actitudes de ensueño, nos asombra un poco con su arte que es una paradoja viviente.

En efecto, al verla tan menudita, tan inquieta, con tanta gracia en sus ademanes y en su sonrisa, nadie creería hallarse sino ante una ingenua de las que privan en el arte cinematográfico americano.

Y así es. Mae Murray es una excelente ingenua cuando quiere serlo, cuando su espíritu inquieto, cansado del exceso de farsa busca en la realidad la fuente de su inspiración.

Pero otras veces, la mayoría de las veces, la linda Mae niega su temperamento y se nos aparece interpretando ante la cámara tipos extravagantes, exóticos, de un modernismo exagerado y de una fantasía exuberante.

A nosotros nos agrada este cambio de aptitudes de la actriz, que nos obliga a aplaudirla en aspectos bien diversos de su arte.

Y recordamos de ella el tipo gentil y gracioso, los ojos vivaces y expresivos, y, sobre todo, su boca, una boquita de piñón exageradamente pintada, que parece una herida abierta en la blancaura de su rostro.

Muchas son las películas que ha interpretado la delicada actriz. Muchas son las que nosotros le hemos visto. Todas estas creaciones suyas, tan diferentes, tan extrañas y también tan artísticas, bailan una zarabanda infernal en nuestra memoria.

Y unas veces la recordamos con un modesto vestido de colegiala. Y otras veces se nos aparece con los brazos y los muslos desnudos, ostentando un traje de poca tela, como esos que las artistas modernas de variétés usan en las revistas de gran visualidad.

Una revista francesa «Filma», nos habla de una de sus últimas creaciones, en las siguientes líneas, refiriéndose a la película «Dolly»:

«La acción transcurre en México, en una aldea perdida, Do-Kan.

Un alcohólico incorregible, Tom Ward, tiene una hija, Dolly, que ha crecido sin madre, y que, bajo una apariencia ruda y grosera oculta un corazón de oro.

El borracho debe una fuerte suma de dinero al propietario del bar, Joe, y como no puede pagarle, le firma un documento, por el cual se compromete a darle a Dolly como criada.

La pequeña será desde entonces la esclava del brutal Joe, pero un extranjero, William Harrison, que acaba de llegar a Do-Kan, para vigilar el contrabando de alcohol, se opone a este vergonzoso contrato.

Una lucha terrible empieza entre los dos hombres y el bravo William está gravemente herido.

Y después de un idilio encantador, Dolly llega a ser la señora de Harrison.

Este asunto es sencillo, pero es delicioso.

Es delicioso sobre todo por la gracia ingenua y pueril de Mae Murray.

Está admirablemente desarrollado. La fotografía es brillante, la «mise en scène» muy bien cuidada.

Conviene hacer destacar la escena del carnero que Dolly ha cuidado con esmero y que luego sacrifica para salvar a William.

Como vemos por la esquema del asunto, Mae Murray, en esta creación suya se nos aparece en el aspecto más simpático de su arte, interpretando con la gracia inimitable que ella sabe hacerlo el rol de la niña pobre y desvalida.

Nosotros no nos atrevemos a censurar a la preciosa Mae por conceder preferencia a las extravagancias y a los modernismos. Pero creemos que si sólo se dedicase a ingenua, sencillamente, sin buscar complicaciones psicológicas, llegaría a ser tan grande en el género como Mary Pickford.

**MAE MURRAY EN LA
«UNIVERSAL» :: LA SE-
ÑAL DE PELIGRO :: :: :**

Mae Murray ha pertenecido durante varios años al elenco de la manufactura «Universal», en calidad de estrella. Un periódico de aquellos años nos brinda el argumento de una de las películas que la artista interpretó para dicha marca, y queremos reproducirlo aquí, porque en él sorprendemos también los momentos de gracia natural de que la estrella es pródiga cuando quiere.

He aquí el argumento de la película «La señal del peligro», que es la producción a qué nos referimos:

«Muggsy es una chiquilla ignorante que, disfrazada de pílluelo, forma parte principal de la banda del «Águila», el «Gordo» y el «Silencioso».

Estos distinguidos rateros limpian el contenido de una caja de caudales y se retiran a su guarida a repartirse el opulento botín.

Pero cuando más ocupados se encuentran en esa maniobra, la policía se introduce en su miserable escondrijo, y en la lucha que sucede, el «Silencioso» pierde la vida y el «Águila» cae en poder de la justicia.

Muggsy, más afortunada que sus compañeros, consigue escapar gracias a su agilidad, y sorteando toda clase de peligros se esconde por entre las ruedas de uno de los furgones de un tren de carga en marcha, y a los dos días desembarca felizmente en la pequeña población de Cottonville.

El juez Cotton es el personaje más influyente de la población que lleva el nombre de uno de sus antepasados.

Pero es, asimismo, el más malo y depravado de sus habitantes.

El juez Cotton vive del agio y de los préstamos a un interés «moderado».

Entre las víctimas de la usura del prestamista se cuenta la señora Sara Judkins, una buena mujer a quien todo el pueblo conoce cariñosamente por la tía Sara.

Ésta vive sólo con la esperanza de poder volver a ver a su hijo, que un día, aciago, la abandonó para ir a la ciudad.

Siempre con el recuerdo de su hijo ausente en su imaginación, la pobre madre coloca noche tres noche una lámpara de petróleo en la ventana de su casa, para que, como faro de salvación, ilumine a su hijo, si por casualidad éste acierta a retornar a su hogar.

Atraída por la hospitalaria luz de aquella lámpara en aquel pueblo envuelto en las sombras de la noche, Muggsy pide asilo en la humilde morada de la solitaria madre, y ésta, que la cree un muchacho descarrilado como su propio hijo, la colma de atencio-

nes y de alimentos, que era lo que más necesitaba el debilitado estómago de la jovencita vestida de varón.

No tarda mucho rato Muggsy en observar, colgado en la pared, un retrato de un joven que tiene un sorprendente parecido con su ex compañero el «Águila».

Muggsy, restablecida ya a su verdadero sexo, acaba por sentir hondas raíces en Cottonville, y su hermosura es la desesperación de los jóvenes y aún de algún viejo verde de la pequeña población campesina.

Mas para que su felicidad, tan íntimamente ligada a la de la tía Sara, sea completa, le falta la compañía de Jimmy.

Por aquellos días el juez Cotton intenta disponer de la hipoteca de la única propiedad que le queda a la tía Sara.

Muggsy, sin pensarlo mucho, resuelve vestirse nuevamente su ropa de pilluelo para abrir un par de cajas de hierro y obtener dinero con que redimir la hipoteca.

Muggsy consigue su objeto, pero la tía Sara le obliga a confesar su delito y a restituir el dinero robado a su dueño,

Otro día, en el despacho del juez Cotton, a donde fué para conseguir una prórroga para el pago del dinero que su protectora debía al avaro, Muggsy se vió brutalmente atacada por éste.

La muchacha, que en verdad esperaba semejante arrebato sencillo, tuvo buen cuidado de atraer con sus gritos la atención de unas cuantas mujeres chismosas del pueblo, quienes observaban la escena desde la tienda contigua al despacho del juez.

De esta manera, Muggsy consigue arrancar trescientos dólares al avaro, con los cuales cubre la hipoteca que pesaba sobre el terreno de la tía Sara.

Pero apenas la joven llega a la calle, encuentra a Bud, un chico que se las echaba de lista, quien, con una diabólica sonrisa en los labios, le dice:

— ¡Lo sé todo, señorita!

Sin inmutarse en lo más mínimo, Muggsy contesta al «listo del pueblo» que lo que la mantiene en Cottonville es el descubrimiento de unos yacimientos de petróleo en los terrenos de la señora Sara.

Ni corto ni perezoso, Bud corre a casa de ésta y le ofrece diez mil dólares por el terreno que ya él supone petrolífero.

La buena señora acepta la oferta y la transacción se cierra con las formalidades de rigor.

Cuando Jimmy ha cumplido su condena, vuelve a reunirse con su antiguo compañero de crimen el «Gordo».

Pero debido a las reiteradas instancias de Muggsy, a quien apenas conoce vestida con su elegante traje, el «Águila» abandona su peligrosa vida y regresa a Cottonville, donde la tía Sara aguarda impaciente a sus dos hijos..

Esta película, delicada obra de arte, en la que destaca la



Mae Murray, caricatura

gracia sutil de Mae Murray, está interpretada además por Jack Mulhall, Lydia Knott, Joseph Girard, Lon Chaney, Frank Brownlee y Alfred Allen.

**MAE MURRAY SE NOS
PRESENTA EN UNA PRO-
DUCCIÓN MUY DIFEREN-
TE DE LA ANTERIOR: «LA
DULCE CATALINA» : :**

Hemos presentado a la señorita Murray en su anterior producción, para que nuestros lectores pudiesen darse una idea del trabajo que realiza en dicha película.

Queremos ahora presentarla en otro aspecto distinto de su arte, en ese aspecto un tanto exótico que es otra de sus atrayentes características.

La encantadora Mae se nos presenta aquí como una de esas damitas frívolas de la corte del Rey Galante, que sonríen recatadamente tras un abanico pintado por Wateau, al escuchar de labios de un marquesito vestido de terciopelo la música arrulladora de un madrigal de amor.

Veamos, en pocas líneas, cuál es el argumento de esta película amable, que evoca en nosotros el recuerdo de lecturas sobre los verdes jardines de Versalles.

«La dulce Catalina» es el título de la delicada comedia a que nos referimos y su asunto es el siguiente:

«Estamos a fines del siglo XVIII, y Catalina es la beldad que está de moda en Bath.

A Lady Julia, recién casada, casi se le parte el corazón al enterarse de que su marido ama a Lady Bárbara Flyte, y, desolada, pide un consejo a Catalina.

Esta le aconseja que ponga celoso a su marido, y para empezar entrega a Lady Julia un rizo rubio y un billete amoroso, que Catalina ha recibido aquella misma mañana.

Lady Bárbara tiene celos de Catalina y trata de desprestigiarla.

Para conseguirlo, promete al capitán Spicer, su asiduo admirador, casarse con él si logra crear un escándalo alrededor de Catalina.

El día de una gran fiesta en que un regimiento de Irlanda está invitado por el regimiento inglés 51, el teniente Verney se enamora rápidamente de Catalina.

Lady Julia ve a su marido con Lady Bárbara y se desmaya en brazos de Verney.

Pero Jasper, el marido de Julia, los sorprende en esa posición,

y habiendo leído la cartita que Catalina dió a su mujer, desafía a Verney.

Catalina y Julia, como saben que Verney es inocente, van a visitarle por la noche y le ruegan que no acepte el desafío.

El capitán Spicer se entera de esta conversación y dice a algunos oficiales, que hay por allí, que vayan al cuarto de Verney.

Penetran allí, y Catalina y Julia se esconden detrás de las cortinas.

Con la prisa de esconderse, Julia ha perdido su zapato, que queda en medio de la habitación; lo encuentra su marido, quien exasperado, quiere matar a Verney.

Pero en aquellos críticos momentos, Catalina, para salvar a Verney, sale de su escondrijo, y éste, para evitarle la vergüenza de su situación, la presenta como su prometida.

Mientras tanto Julia se marcha con las ropas de Catalina, y toda vergüenza de la culpa no cometida cae sobre ésta.

Al día siguiente Lady Bárbara y el capitán Spicer se encargan de hacer circular la noticia infamante por los salones del gran mundo, y el día en que Catalina tiene que dirigir el baile, todas las señoritas abandonan el salón a su llegada.

Verney recibe la noticia de que deberá presentar su dimisión si se casa con Catalina, y ella, para evitarle este disgusto le hace creer que sólo aceptó pasar por su prometida para salir del mal paso en que se había metido.

Los regimientos tienen que marchar.

Sir Jasper y Lady Bárbara encuentran a Catalina en una posada.

Más tarde Lady Julia explica que también ella se encontraba en la habitación de Verney la noche memorable.

Por último todo se arregla, y antes de partir para la guerra los regimientos, Verney y Catalina se han reconciliado».

**ALREDEDOR DEL VIVIR
INQUIETO DE LA ESTRE-
LLA : : UN RETRATO DE
MAE MURRAY : : : :**

Es un escritor español el que nos brinda el siguiente retrato de la estrella, que nosotros publicamos, a pesar de que en él llamamos varias inexactitudes, que no concuerdan con los textos auténticos que obran en nuestro poder.

Más adelante subsanaremos estas inexactitudes, pero no queremos pasar por alto este bello retrato, que si no es absolutamente fiel es, en cambio, artístico.

Y váyase lo uno por lo otro:

«Existe en los Estados Unidos un grupo de mujeres jóvenes, consagradas al arte del cinematógrafo, que nos entusiasman por su ademanes naturales, exentos de afectación, por sus caras preciosas de muñecas rubias y por su risa que debe sonar a cascabeles y a chocar de cristales finísimos y a montañas pequeñas de agua que se precipitan sobre las peñas.

A este grupo de estrellas pertenece la artista de que, sencillamente, nos vamos a ocupar.

Se llama esta actriz Mae Murray, y su trabajo es de sobra conocido y admirado por todos los que concurren a los cines, para que vayamos aquí a ensalzarlo nuevamente, empleando adjetivos, que por lo gastados, resultarían pálidos para pintar la labor que dicha estrella realiza en el arte mudo.

Mae Murray es hija de un literato americano que adquirió gran celebridad con sus producciones, recibiendo ella, por lo tanto una educación esmeradísima y selecta, que le permite ostentar un grado de cultura de que carecen la mayoría de sus compañeras, bellas figurillas de porcelana, en cuyas cabecitas coronadas con una cascada de cabellos de oro, no existen ni más sabiduría ni más estudio que el de los figurines y revistas de modas.

Siendo muy joven, casi una niña, demostró esta artista una desmedida afición por el baile, al cual se dedicó en público hará unos cinco años, sobresaliendo en las danzas clásicas, representativas de pasadas épocas helénicas, que estudió de una manera concienzuda y profunda.

En su arte obtuvo triunfos sin cuento.

El público la quería y admiraba por su belleza y por su gracia, y un día, cuando trabajaba ella en el Folies, fué, como si dijéramos, descubierta por el director de la «Lasky» que vió en aquella bailarina, madera suficiente para hacer una excelente actriz cinematográfica.

Poco después debutó en la película de la «Lasky» «Tener y sostener», en la que obtuvo un gran éxito, que le permitió seguir en la carrera tan brillantemente iniciada.

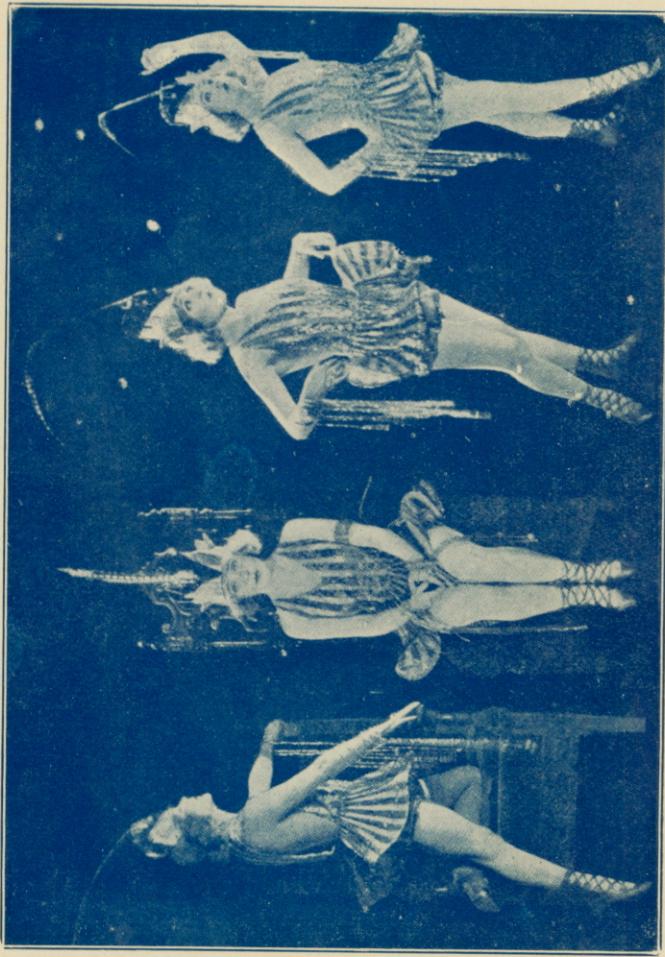
Miss Murray es poseedora de unos bellísimos ojos azules, que trastornan a sus admiradores.

Maupasant dijo que los ojos azules reflejan la vida y el alma de la persona que los posee.

Según él, una persona que tenga los ojos azules, tiene que tener, forzosamente, un alma también azul.

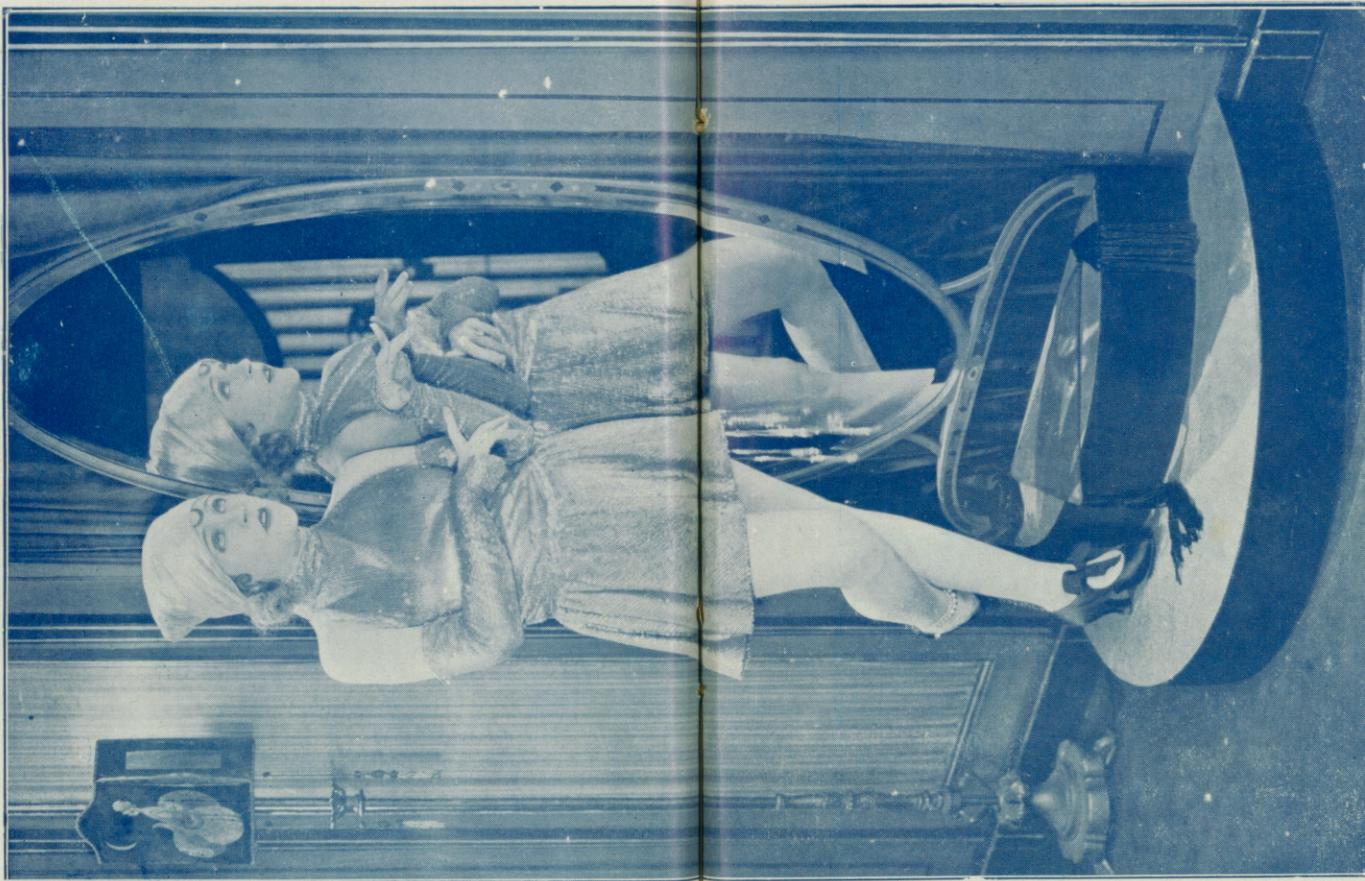
Y aún sin aceptar por entero la teoría del profundo sondeador de almas, debemos convenir en que Mae Murray, con aquellos sus ojos azules y soñadores, su alma no debe estar muy distante del suave color.

Además, tiene esta actriz una cabellera rubia como el oro, que cae en artísticas ondas sobre sus hombros, formando un conjunto

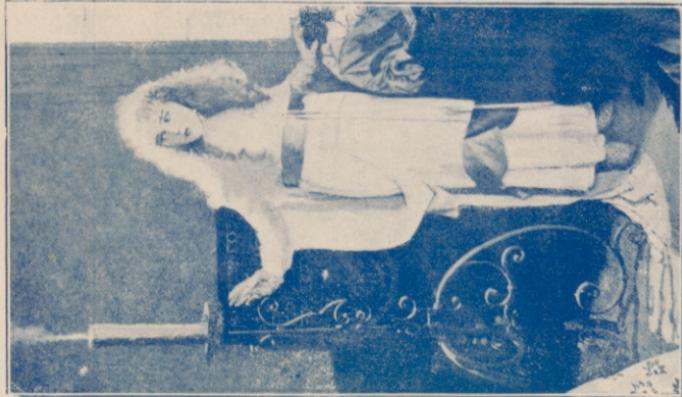


Mae Murray, en «La danza blanca»

LAS ESTRELLAS CINEMATOGRÁFICAS



MAE MURRAY Y SUS CREACIONES



Mae Murray, en dos aspectos de «El hombre que asesinó»

agradable y armónico, que cautiva a los espectadores impresionables que la contemplan una y otra vez en la pantalla.

De todas estas cualidades, y de su arte exquisito y delicado, en el que sobresale una gran naturalidad en la interpretación de los papeles, nace la simpatía enorme de que goza esta actriz entre todos los públicos del mundo.

Como casi todas las estrellas americanas, tiene Mae Murray el don de darse exacta cuenta del personaje que interpreta lo que ayuda extraordinariamente a su labor, dando la impresión, en sus creaciones, de que estamos viendo vivir el papel del drama.

Y como si esto fuera poco, la gran dosis de cultura que posee esta artista, le permite distinguir un personaje de otro, triunfando siempre rotundamente en todas sus admirables creaciones.

Las películas que recientemente han sido otros tantos éxitos para la bella actriz, fueron: «La dulce Catalina», «La niña de los sueños», «La hermana mayor» y «La muchacha de los cien duros».

Acerca de «La hermana mayor», un periódico americano nos proporciona multitud de datos sobre la impresión de dicha película.

Los directores de la Famous Players-Lasky Corporation, después de pensar en infinidad de estrellas, encontraron que la única artista que podía representar el papel de protagonista en la cinta que nos ocupa, era Mae Murray.

Pero era necesario que las escenas se desarrollasen en los barrios bajos de Nueva York, y Mae Murray trabajaba en los estudios de Hollywood (California).

Para que la obra resultase un éxito no se reparó en gastos, y nuestra actriz se trasladó a Nueva York, un viajecito de tres mil millas, donde empezó el trabajo, dirigida por John O' Brien.

Tiene Mae Murray dos manías simpáticas que absorben por completo sus ocios.

Una de ellas es la de los trajes, pareciendo su guardarropa un almacén de confecciones, y la otra es un cariño inmenso repartido entre perros, gatos y demás animales domésticos, de los cuales posee una variada colección.

Nuestra actriz se casó hace poco tiempo y ya ha pedido el divorcio..»



**VAMOS A COLOCAR AL-
GUNOS PUNTOS SOBRE
LAS IES : : : : : :**

Antes de seguir adelante, conviene que pongamos en claro algunas inexactitudes de que adolece el texto anteriormente publicado, según dijimos en otro lugar de este cuaderno.

Para ello, nada mejor que seguir de cerca la vida de la actriz, desde que ella se inició en las varietés hasta que según el periódico español, fué descubierta por Jesse L. Lasky.

Mae Murray nació en Portsmouth, en el precioso estado de Virginia, hace veintisiete años.

Hija de un hombre de letras y de teatro, acostumbrado a vivir entre la vida febril de entre bastidores, la pequeña Mae, al nacer, ya tuvo ante ella aquél ambiente un poco falso, en que los hombres y las mujeres, viviendo sus vidas particulares, prosiguen la ficción de las tablas y ocultan sus sentimientos bajo una capa de hipocresía, que les hace perder un poco su personalidad.

Criada en este ambiente, cuando Mae Murray empezó a comprender las cosas, se sintió inclinada a la vida del escenario. La seducía aquél contacto diario con el público, la encantaba el rumor de los aplausos, cuyo verdadero sentido todavía no acertaba a comprender.

Su inclinación al teatro era algo instintivo, atávico, a cuya influencia no podía sustraerse. Por línea materna, Mae descendía de una familia numerosa de artistas, cuyos principales miembros habían pertenecido a aquella serie de antiguos faranduleros que recorrían el mundo en una carreta, trabajando en las plazas de los pueblos y tragando el polvo de todos los caminos.

Cuando tuvo quince años, su padre comprendió que jamás podría disuadirla de seguir la carrera del teatro, y sin oponerse a las inclinaciones de su hija, trató de encarrilar aquellas energías por las pautas del arte verdadero.

Así, la linda Mae, a esa edad en que otras muchachas empiezan a pensar en el primer novio, entró en el Conservatorio de Chicago, llena su alma joven de ilusiones para el porvenir.

Bien pronto se destacó como actriz de dicción clara y rotunda y de ademanes sobrios y naturales.

Sin embargo, en la tragedia nunca logró sobresalir. Aquellas largas tiradas de versos de las tragedias helénicas, que reclamaban un gesto extraordinario, un gesto más propio de diosas que de una muchacha inquieta y traviesa como ella era, jamás lograron emocionarla, jamás lograron convencerla.

Ella prefería lo humano, lo real, lo que no precisaba para darle vida, del ademán forzado y heroico ni del gesto sobrehumano.

Ella gustaba de interpretar estos papelitos de muchacha traviesa y alocada, que no requerían un estudio psicológico complicado, y bien pronto pudo salir de allí y llevar su arte sencillo, sin rebuscamientos ni afectaciones, a varios teatros de la República.

Más tarde buscó en las varietés más amplio campo para lucir sus facultades excepcionales, y debutó como bailarina en uno de los principales teatros de Nueva York.

Y fué entonces cuando Laemmle, el director de la Universal (y no Lasky, como afirmaba el periodista mencionado antes) la contrató para interpretar diferentes papeles en las producciones de dicha marca.

Durante el tiempo que permaneció trabajando en la Universal, Mae Murray simultaneaba sus labores en el cinematógrafo con sus labores en los teatros de varietés, y al terminar de interpretar una película fué contratada por el Folies, de Nueva York, para figurar como atracción extraordinaria con su número de bailes clásicos y modernos.

En estas condiciones la conoció Lasky y le ofreció un contrato ventajoso, pero ya mucho después de haber trabajado la artista en el cinematógrafo, cuando ya su nombre era popular, como artista de la pantalla.

Desde entonces, Mae Murray recorrió diversas manufacturas, pero volvió siempre a recaer en los estudios Lasky, donde, ya con la Artcraft, ya con la Paramount, continúa trabajando en la actualidad.

UN EPISODIO TRÁGICO EN LA VIDA DE LA ES- TRELLA : : : : : : : : :

Un periodista americano nos cuenta el siguiente episodio trágico que pone una roja aureola en torno de la vida de la actriz: «Alexis Pietrovich llegó a Norteamérica cuando apenas contaba diecisiete años. Venía de una pintoresca aldehuella, perdida en la blanca solemnidad de las estepas moscovitas.

En los Estados Unidos vivió la misma dolorosa vida de todos los emigrantes de su clase, en una inmunda covacha de la calle de Bleeker. A pesar de su vida sin objeto, de su trabajo rudo, se sentía, de vez en cuando casi feliz; porque para él toda su gloria y toda su alegría se cifraban en esta sola: los ojos de Mae Murray.

Su cuartucho mal oliente y peor amueblado mostraba de mil maneras y por todas partes el rostro maravillosamente ovalado y travieso de la gran artista.

Aquí era un busto admirable; allá una cabeza escultórica, y más allá unos brazos languidamente extendidos sobre los chaise-longues voluptuosos y milunanochescos...

Los sábados por la tarde, ya concluída su labor de la semana, con el pequeño paquete verde de su salario en la bolsa, Alexis Pietrovich se iba de compras y rara vez volvía a su casa sin llevar consigo una nueva fotografía de Mae Murray.

Después de muchos meses de sueños diarios, de esperanzas fracasadas y de melancolías desoladoras, un día leyó en «The World» que Mae Murray debutaría como artista cinematográfica.

La noche de la exhibición de la película, Pietrovich se metió en el teatro desde las seis de la tarde y esperó angustiosamente hasta que apareció en el lienzo la delicada silueta de la artista. Pietrovich, aquella noche no pudo conciliar el sueño, tan profunda y avasalladora fué la emoción despertada en él por la tragedia en la cual el ideal suyo, aquella maravillosa Mae Murray, llevó a cabo su obra de arte.

El recuerdo de aquella noche de gloria esplendía en el alma de Pietrovich con un fulgor trágico de angustia, haciéndose cada día más vivo el dolor de aquel amor suyo, tan desolado y tan lleno de imposible, hasta que una mañana, cuando de paso para su trabajo en New Jersey, vió en grandes letras rojas, sobre la cubierta de uno de los *ferry-boats* que cruzan el Hudson, un anuncio en el que avisaba la aparición de Mae Murray en una de las estaciones de reclutamiento de voluntarios para formar el ejército que debía ir a Francia bajo la espada de Pershing, a reforzar la gran muralla de acero que los aliados estaban levantando ante la invasión de los nuevos heraldos del retroceso.

El anuncio decía que Mae Murray estrecharía la mano de todo aquel que atendiese a su llamada y le obsequiaría con un retrato suyo con un autógrafo, bajo una cordial y significativa dedicatoria.

Alexis Pietrovich, cuando el bote llegó a Jersey City, dejó que todos sus compañeros desembarcaran, y permaneció en su asiento, resuelto a volver a Nueva York, y alistarse en el ejército.

A las once de la mañana llegó Pietrovich a la estación donde Mae Murray regalaba musicales palabras, inflamadas de patriotismo sobre los millares de espectadores que llenaban la amplitud de Union Square, pero tuvo tan mala fortuna, que cuando le tocó su turno ya Mae Murray, fatigada, había abandonado la tribuna para continuar más tarde su obra de amor a la libertad y a la democracia.

Pietrovich, ya inscrito, no tuvo más remedio que marchar al campo sin haber logrado ni el retrato ni el autógrafo de Mae Murray.



Mae Murray

Dibujo de Moner

Y, sobre todo, sin haber visto cerca de los suyos aquellos ojos de milagro y de inquietud, que en las fotografías de la Lasky había visto en los momentos supremos ostentando soberbios cambiantes.

Un mes después de este fracaso, Aelexis Pietrovich salió para Francia, hacia las infernales fronteras de la muerte, donde las vidas, bajo un soplo apocalíptico, caían heroica y anónimamente, sobre el verdor de las campiñas francesas.

Y algunos meses más tarde, Mae Murray también salía para el frente, a la cabeza de un puñado de artistas, que iban a exponer sus vidas y sus bellezas bajo el horror de las batallas.

Entretanto, Pietrovich lloraba diariamente su pobre vida de fracasado.

Sólo por ver a Mae Murray por estrechar sus manos tan siquiera una vez en la vida, él había abandonado todas sus pequeñas comodidades.

Y ahora se hallaba sepultado en vida, entre las horribles fosas de las trincheras, sin ideal ninguno, luchando por no sabía qué causas, cuando él era de natural pacífico, más dado a la vida contemplativa que a trágicas faenas de destrucción.

Un amigo suyo, su confidente, una tarde le comunicó una noticia que volvió a llenar de inquietud la vida del pobre Pietrovich. Mae Murray, según decía «Le Petit Journab», acababa de llegar a París, y dentro de pocos días estaría en las líneas de fuego, poniendo vendajes y palabras de consuelo sobre el dolor de los heridos.

Desde ese momento Alexis Pietrovich no tuvo ya otra idea que la de exponerse a las balas para ver si así, dando su sangre, lo graba que Mae Murray se acercase a él.

Pensaba :

— Al sentirme herido llamaré, pediré que venga ella, aun que sólo sea una vez. Yo tengo la seguridad de que no se negará. Una mujer tan bella tiene que ser por fuerza piadosa...

Al día siguiente de esta resolución, cuando los alemanes atacaban más fuertemente, más horriblemente la trinchera, Pietrovich, aprovechando un momento de confusión, saltó del foso, y así, locamente, empezó a disparar sobre los enemigos.

Pero apenas logró permanecer unos diez o quince minutos fuera, porque al aclararse un poco la atmósfera, una bala le desrozó la cabeza.

Perdido el conocimiento fué llevado al hospital de sangre y murió sin haber recobrado el sentido.

No fueron las balas alemanas, precisamente, las que le dieron muerte.

Fueron las dos trágicas balas azules, de los ojos de Mae Murray.

**LAS AFICIONES DE LA
PEQUEÑA ACTRÍZ : : MAE
NOS HABLA DE SU «HOM-
BRE IDEAL» : : : : :**

Al igual de Mary Pickford, Mae Murray, aunque en algunas producciones suyas se nos muestra como una mujer-vampiro, de alma complicada y aviesa, es, en su vida particular, una muchachita sin nada de trascendencia en su «yo».

Por eso sus aficiones son pueriles, inocentes, como las de una niña que acaba de salir del colegio.

La linda Mae ama en particular, a los perros. Los perros son sus buenos amigos, los compañeros de su vida, los únicos que no le tributan elogios al terminar su trabajo en una película, limitándose a lamerle las manos, en señal de amistad profunda y reconocida.

Mae Murray es feliz entre sus perros. Varias veces se ha retratado con ellos, legando así a la posteridad la efigie de los que hoy son sus verdaderos amigos.

Además de perros, Mae tiene gatos de varias clases, a los cuales no profesa un cariño tan acendrado como a los canes, pues sus compañeros de la raza felina le pagan a veces sus caricias con un arañazo más o menos sangriento, lo que pone de muy mal humor a la encantadora artista.

Los pájaros ocupan también un lugar distinguido en su casa, y la actriz confiesa que nada le alegra tanto como escuchar, al despertarse, la greguería de todos aquellos pájaros cantores que llenan con sus jaulas lujosas las paredes de su hogar.

Respecto a «su hombre ideal», el que a ella le haría feliz, Mae Murray no se contenta con cualquier cosa.

En una revista americana ella escribe lo siguiente, a propósito de este complemento obligado de su vida:

«El aspecto de mi hombre ideal, debe ser como el de los del norte; los legendarios que viven hoy en las óperas de Wagner.

Debe ser pacífico y tener un carácter energético, sin dejarse llevar nunca de la violencia, gracias a un perfecto dominio sobre sí mismo.

• Alegre sobre todas las cosas. Sus maneras deben ser anti-

cuadas, pero no muy pulidas, porque quiero que sean sinceras. Pero tampoco los modales modernos, que han llegado a ser puramente mecánicos.

Sus costumbres serán las de un hombre normal y sano, teniendo sobre todo una profunda comprensión del «eterno femenino», excepto cuando son histéricas.»

Así se expresa la linda Mae Murray que es un poco descontentada en cuestiones de amor.

R. SANTANA y BENÍTEZ DE LEÓN



ESTRELLAS DEL LIENZO

Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

Serie A : FRANCESCA BERTINI, WALLACE REID, BILLIE BURKE, TOM MOORE, RUTH CLIFORD. — Serie B. : EDDIE POLO[®], VIVIAN MARTIN, THOMAS MEIGHAN, ELSIE FERGUSON, WILLIAM S. HART

Precio : 20 cént. cada una y 90 cént. la serie.

Los encargos de fuera Barcelona los serviremos, previo el envío de su importe por Giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 céntimos por cada remesa. Certificados, 35 céntimos.

Depósitos para la venta : Bruch, 3, Barcelona ; Pretil de los Consejos, 3, Madrid, y en todas las principales Papelerías y Librerías de España.

NUESTRO BUZÓN

Una idealista. — Ciudad. — De la primera pregunta, Alberto Collo; de la segunda, ya ve que tenemos en preparación una de las biografías por quien pregunta; de la tercera, ignoramos su dirección, aunque suponemos será la Fert-Film de Roma. Aunque quiera le diga se llama Teresa, prefiero nombrarla Adela porque así me interesa y si encuentra son muchos veintidos años, rebájese siete y póngalos negros, sus cabellos castaños, y si su señor novio no es morrocotudo ni un poco celoso, ni un tanto ceñudo, es que no la quiere, es que no la ama, aunque él se lo diga con toda su alma. ¿No le satisface tampoco? Espero carta. Ahora pruebe Vd. su *olfato* con el retrato prometido, y encomiéndase al santo de su devoción.

X. P. T. O. — Coimbra. — Con tiempo irán saliendo las biografías que alude Vd. Manolita G. — S. Sebastián. — María Walcamp: Universal City, California. Mary Pickford: Beverly-Hills, California. Priscilla Dean: la misma que la primera y todas en los Estados Unidos.

Una entusiasta de Polo. — La Coruña. — No hay nada de cierto en lo que me habla Vd. respecto de Polo. Todo ello son *canards* y nada más.

J. Arresté. — Binefar. — Bien proporcionado para «extra» cuando tenga algunos años más siempre y cuando tenga adentro algo más que carne y hueso. Ya sabe la receta. Estudie. Los cupones internacionales son unos sellos equivalentes al papel moneda, donde naturalmente pueden cambiarse en todos los países al tipo de cotización de la misma.

A. Enguiadanos. — Albacete. — «Universal City», California. «Vitagraph C.º of America» New-York. «Lasky Studios» Hollywood, California. Puede escribirles en español que le entenderán perfectamente. Ignoramos la imprenta o editorial que pueden proporcionarle el libro que desea.

P. Bort. — Reus. — Que Vd. sea atleta, lo encontramos muy en su lugar, pero el que pretenda Vd. llamarse así mismo *colosal*, eso lo tiene que demostrar delante los públicos para que así lo juzguen. De los artistas que menciona no es fácil por ahora dar sus biografías; son bien poco conocidos y por lo mismo sentimos no poderle dar sus direcciones.



TRAS LA PANTALLA

Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA
(POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 cént.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.^a edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.^a edición. —
N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.^a edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.^a edición. —
N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.^a edición. — N.º 7 Pearl White,
2.^a edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max
Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 María Wal-
camp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. —
N.º 17 Roscœ Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S.
Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy
Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore.
— N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick.
— N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12'50 ptas.

- N.º 32 Antonio Moreno
- 33 Huguette Duflos
- 34 Leon Mathot
- 35 Henny Porten
- 36 Tom Mix
- 37 Carol Holloway
- 38 Tullio Carminati
- 39 Geraldine Farrar
- 40 Frank Mayo
- 41 María Jacobini
- 42 Harry Carey
- 43 Ruth Roland
- 44 Monroe Salisbury
- 45 Grace Cunard

- 46 Jack Pickford
- 47 Alla Nazimova
- 48 Ossi Oswalda
- 49 «Maciste»
- 50 Priscilla Dean
- 51 Jack Dempsey
- 52 Mary Miles Minter
- 53 Georges Carpentier
- 54 Alice Brady
- 55 F. Ford (Conde Hugo)
- 56 Klara Kimball Young
- 57 Constance Talmadge
- 58 Will Rogers
- 59 Edith Johnson